

# RAFAEL GAMBRA Y EL TRADICIONALISMO INTEGRAL

## RAFAEL GAMBRA'S INTEGRAL TRADITIONALISM

*MIGUEL AYUSO*

Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

**RESUMEN.** Rafael Gamba ha sido una de las personalidades más destacadas del tradicionalismo español de la segunda mitad del siglo XX. Este artículo ofrece una etopeya de su carácter y recorre los hitos principales de su pensamiento.

**PALABRAS CLAVE.** Rafael Gamba. Filosofía Política. Tradicionalismo. Carlismo.

**ABSTRACT.** Rafael Gamba was one of the most outstanding figures of Spanish traditionalism during the second half of the XX century. This paper offers the description of his character and key concepts of his thinking.

**KEY WORDS.** Rafael Gamba. Political Philosophy. Traditionalism. Carlism.

## 1. El centenario de Rafael Gamba

Se ha conmemorado en el recién terminado año de 2020 el centenario del nacimiento de Rafael Gamba. Y lo hemos hecho en diversos foros. Tanto en publicaciones como seminarios. Respecto de las primeras, para empezar, en la revista *Verbo*<sup>1</sup>, de la que fue colaborador destacado, como en los *Anales de la Fundación Elías de Tejada*<sup>2</sup>, de la que fue patrono. Pero también en la reedición del libro de 1998 de quien firma estas líneas y en la aparición de uno nuevo de Julio Alvear<sup>3</sup>. En cuanto a las segundas, destacaremos las «Conversaciones de La Esperanza», del Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II<sup>4</sup>. A esto añadimos las que ven la luz en este número de *Fuego y Raya*<sup>5</sup>.

Nació Rafael Gamba en Madrid el 21 de julio de 1920. Pero nunca lo vi como un madrileño sino como un navarro aclimatado a la villa y ex-corte. En efecto, por línea paterna, pertenecía a una distinguida familia del Viejo Reyno, concretamente del Valle de Roncal, donde heredó la Casa Gamba, del siglo XVIII, que custodia el archivo familiar desde el XVI, y donde pasó largos periodos de su vida. Aunque el Carlismo

1. Véase *Verbo* (Madrid), n. 585-586 (2020), con textos de Danilo Castellano, Miguel Ayuso, Julio Alvear, José María Pemán, Francisco Elías de Tejada y Gustave Thibon. Estos tres últimos procedentes de los prólogos a otros tantos libros de Gamba.

2. *Anales de la Fundación Elías de Tejada* (Madrid), n. 26 (2020), con textos de César Ranquetat y Nicolás Romero, jóvenes profesores brasileño y colombiano respectivamente.

3. Miguel AYUSO, *El pensamiento político de Rafael Gamba*, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2020, y Julio ALVEAR, *Drama del hombre, silencio de Dios y crisis de la historia*, Madrid, Dykinson, 2020. El primero ha prescindido del título, sugerido personalmente al autor por Rafael Gamba (*Koinós*), ocupando su lugar el que figuraba como subtítulo. Y el segundo se origina en la tesis doctoral en Filosofía del profesor chileno Julio Alvear.

4. El seminario, virtual, a causa de las circunstancias presentes, se celebró el día 10 de octubre, e intervinieron en el mismo Julio Alvear (Santiago de Chile), José de Armas (Las Palmas de Gran Canaria), Miguel Ayuso (Madrid) y Nicolás Romero (Santafé de Bogotá).

5. Con gran satisfacción vemos, así, la participación en el homenaje de colaboraciones italianas, argentinas, chilenas, brasileñas y colombianas.



no le venía por el lado Gamba sino por el Sanz, el de su abuela paterna, también navarra y de familia conocida, la de la Casa Sanz.

Voluntario en la guerra de liberación con diecisiete años, a principios de 1938, como requeté del Tercio de Abárzuza, y luego como alférez provisional, la guerra le dejó una honda impresión que no le abandonó hasta el fin de sus días terrenos. Con todo, el recuerdo no era tanto heroico como costumbrista, es decir, lo excepcional brotaba por entre los intersticios de lo ordinario. Porque –me parece– era la fe y la virtud de los requetés navarros, de esos hombres sencillos de carne y hueso, de la vieja España, la que había marcado su alma. Por eso, no era altisonante ni verboso, a diferencia de otros *estilos* que hacían constante ostentación de tales. Diríase, en efecto, que había integrado esa experiencia única en su modo de ser un punto desentendido e irónico, al tiempo que firmísimo. *Quidquid recipitur...* En sus breves apuntes sobre el Alto del León<sup>6</sup>, cuyas posiciones defendió en la guerra, pero ya en 1938, y no en 1936 como algunos han malinterpretado, a comenzar por el inolvidable Alberto Ruiz de Galarreta<sup>7</sup>, al tiempo que –con gran finura– no hurta el valor de los alfonsinos de Renovación Española o los falangistas de Valladolid, se lamenta de que se creara interesadamente una epopeya exclusivamente falangista. La antipatía que tuvo por la Falange, fraguada en los meses que pasó durante 1937 en Morón de la Frontera con la familia de su madre, lo acompañó siempre. Era al tiempo doctrinal y humana, como me confesó en las entrevistas que le hice para *Koinós* (1998), mi libro sobre

---

6. Rafael GAMBRA, «1936: El Alto del León», en Miguel AYUSO (ed.), *Obra Completa de Rafael Gamba*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi, 2000. El título pudo llevar a engaño. Pero el contenido es inequívoco: Gamba se incorporó al Tercio y ocupó esas posiciones a principios de 1938. Véase Miguel AYUSO, *Koinos. El pensamiento político de Rafael Gamba*, Madrid, Speiro, 1998, pp. 37-38. Esa sucinta biografía salió de varias conversaciones con Gamba.

7. Manuel DE SANTA CRUZ [Alberto RUIZ DE GALARRETA], «Rafael Gamba, un hombre cabal», *Anales de la Fundación Elías de Tejada* (Madrid), n. 10 (2004), p. 174.



su pensamiento político, y se extendía a su oficialización en el culto al «Caudillo»<sup>8</sup>.

En persona inteligente (es decir, que «leía dentro»), la experiencia de la guerra azuzó la vocación por la filosofía. Y, tras la guerra, se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, donde tuvo por profesores a Lafuente Ferrari, Zaragüeta, Mindán, el padre Bruno Ibeas, Salvador Minguijón y Manuel García Morente. A los dos últimos, que serían quienes más le influyeron, dedicaría varios artículos de gran interés. Del primero aprendió una filosofía social tocada por lo que podría llamarse «tradicionalismo esencial», esto es, el que no se concibe como un conjunto de dogmas, sino más bien como sistema de civilización adaptado a la naturaleza humana<sup>9</sup>. Y del segundo la comprensión de que si la fe recién y gozosamente recibida no cancela de un golpe los sistemas antes profesados, sí lleva a la intuición fulminante de la inspiración religiosa de nuestra historia y del designio impío de la «europeización»<sup>10</sup>. Licenciado en 1942, gana en 1943 las oposiciones a cátedra de Instituto –siendo destinado primeramente a Navarra– y se doctora en 1945 con una tesis sobre *La interpretación materialista de la historia*<sup>11</sup>. Pero en la Universidad encontró algo más que marcaría su vida. Su compañera de estudios Carmela Gutiérrez de Gamba, con la que contrajo matrimonio en 1946 y que le dio tres hijos: Andrés, José Miguel e Irene. Carmela, mujer de gran inteligencia y cultura, también profesora de Instituto, volcó su gran energía en la

---

8. Miguel AYUSO, *Koinós*, cit., pp. 35 y ss., donde escribe de los falangistas: «Con la chulería y cierta tendencia criminal que siempre tuvieron». Luego volveremos sobre el franquismo y el culto al «Caudillo».

9. Cfr. Miguel AYUSO, *Koinós*, cit., pp. 16 y ss. Así como Rafael GAMBRA, «Recuerdo a Salvador Minguijón», *Nuestro Tiempo* (Pamplona), n. 65 (1959), pp. 572 y ss.

10. Puede verse, de Rafael Gamba, «El García Morente que yo conocí», *Nuestro Tiempo* (Pamplona), n. 32 (1957), pp. 131 y ss., y como «Estudio preliminar» a la edición de *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, Rialp, 1957.

11. Rafael GAMBRA, *La interpretación materialista de la Historia*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1946.

novela y el periodismo, colaborando en las actividades políticas e intelectuales de su marido<sup>12</sup>.

La obra de Rafael Gambra, en apariencia no particularmente extensa<sup>13</sup>, es –en cambio– de extraordinaria finura. Y se explaya en dos ámbitos principales, uno más teórico y otro más histórico-político, que coexisten en el tiempo y, a veces, en un mismo texto.

En los años cuarenta y cincuenta se interesó por la coyuntura de la cultura europea, asañada por los totalitarismos, y fue de los primeros en distinguir unos de raíz racionalista (el marxismo) y otros existencialista (los fascismos). Sus trabajos, reunidos en un volumen muy posterior, *Eso que llaman Estado*<sup>14</sup>, presentan un interés sobresaliente que Elías de Tejada, su prologuista, encareció con estas palabras: «Las páginas que siguen son la crítica serena con que un hombre de las Españas sigue el giro del pensamiento europeo, oteando sus quiebras y sacando consecuencias en función de los valores de nuestra tradición»<sup>15</sup>. Esa es la línea que proseguirá en los sesenta con *El silencio de Dios*<sup>16</sup>, profunda lectura de Saint-Exupéry, que su prologuista, en este caso Gustave Thibon, calificó de «un testimonio en favor del hombre eterno contra los ídolos que ha segregado nuestra locura y que devoran nuestra propia sustancia»<sup>17</sup>. E incluso en los ochenta, con *El lenguaje y los mitos*<sup>18</sup>, donde hará ver «cómo el lenguaje –su transmutación semántica y su mitificación– es

---

12. Miguel AYUSO, «In memoriam Carmela Gutiérrez de Gambra», *Iglesia-Mundo* (Madrid), n. 283 (1984), p. 30; Manuel DE SANTA CRUZ, «In memoriam Carmela Gutiérrez de Gambra», *Verbo* (Madrid), n. 229-230 (1984), pp. 1119-1120.

13. Los cientos, si no miles, de artículos de prensa y boletines, cuando se tienen presentes, cambian esa impresión.

14. Rafael GAMBRA, *Eso que llaman Estado*, Madrid, Montejurra, 1958.

15. FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, «Prólogo» a *Eso que llaman Estado*, cit., pp. 8-9.

16. Rafael GAMBRA, *El silencio de Dios*, Madrid, Prensa Española, 1968.

17. Gustave THIBON, «Prologo» a *El silencio de Dios*, cit., p. 9.

18. Rafael GAMBRA, *El lenguaje y los mitos*, Madrid, Speiro, 1983.

factor esencial para la gran mutación mental que se opera ante nuestros ojos».

También de primeros de los cincuenta son dos de sus libros de mayor significación política. Su estudio sobre *La primera guerra civil de España*<sup>19</sup>, con prólogo de José María Pemán, caracteriza un conflicto clave para entender nuestra historia contemporánea, pues entre la «francesada» (1808-1814) y la «carlistada» (1833-1840), la guerra realista (1820-1823) es, no sólo el eslabón que une aquéllas, sino también el ejemplo más prístino por no estar mediada ni por un motivo «nacional» ni por otro «dinástico». Respecto del segundo, *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*<sup>20</sup>, la apariencia humilde de una glosa de la obra de Mella no esconde su valor original muy señalado. A comenzar por el título que pasó, en la letra más que en el espíritu, a la legislación fundamental del régimen del general Franco. Pero también por su contenido, que abraza las grandes cuestiones del pensamiento tradicional español con una mirada íntima y original. En los años sesenta ha de añadirse la apología de la unidad católica, en los momentos en que se recrudecía el asedio contra ella, por medio de *La unidad religiosa y el derrotismo católico*<sup>21</sup>, que prologó Juan Vallet de Goytisolo. Y, en los setenta, *Tradición o mimetismo*<sup>22</sup>, que combina sabiamente la exposición del pensamiento tradicional con el aquilatamiento de su aplicación en el régimen surgido del Alzamiento Nacional. Como la intención confesada es evitar la voladura de lo que de tradicional había custodiado, resulta por momentos benévolo. Pues no hay que olvidar, además de sus confesiones antes aludidas, los textos anteriores que la censura impidió publicar, alguno de los cuales se publica en este volumen, y alguno posterior, como el que estampó la revista *Verbo* para replicar un artículo de Gonzalo Fernández

---

19. Rafael GAMBRA, *La primera guerra civil de España*, Madrid, Esclicer, 1950.

20. Rafael GAMBRA, *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*, Madrid, Rialp, 1953.

21. Rafael GAMBRA, *La unidad religiosa y el derrotismo católico*, Sevilla, ECESA, 1965.

22. Rafael GAMBRA, *Tradición o mimetismo*, Madrid, IEP, 1976.

de la Mora<sup>23</sup>. En todo caso, en filigrana, el libro constituye una requisitoria severa contra el «franquismo».

Pero los artículos de revista, de *Arbor* a *Verbo*, por indicar las dos que marcan mayormente su vida, la primera en los años juveniles, la segunda en los de madurez, así como las colaboraciones en un enjambre de diarios, semanarios, quincenales o boletines de todo tipo, no sólo no son pocos, sino que ni siquiera pueden considerarse menores a la luz de su personalidad intelectual. De ahí que hayamos optado por seleccionar para este volumen una parte de los que tienen relación con el tradicionalismo y el carlismo. La selección y la ubicación dentro de los capítulos, así como su rúbrica, han corrido de mi cuenta.

Y entramos con ello en el último tramo de esta presentación. La figura de Gamba, ha quedado dicho al inicio, no puede comprenderse sin su adhesión íntima y sostenida al Carlismo. En él encontró –permítaseme extender el análisis que hace de la ciudad de los hombres– su mansión en el espacio y su rito en el tiempo. Fue, todavía adolescente, requeté en la guerra; en su primera juventud participó en las incipientes empresas posbélicas de la Comunión Tradicionalista oficialmente disuelta y con frecuencia perseguida; líder activo, a menudo crítico, en los cincuenta; para distanciarse en los sesenta del rumbo impreso por Carlos Hugo y sus colaboradores; de nuevo presente en los setenta y ochenta, buscando en lo posible la reconstrucción de la organización, se distanció de la llamada «Comunión Tradicionalista Carlista» al no ver verdadera decisión en los temas nucleares; cercano siempre a Don Sixto Enrique de Borbón, cuando éste se decidió a intervenir personalmente de nuevo a finales de los noventa, eligió precisamente a Rafael Gamba como su jefe delegado, lo que se concretó en 2001<sup>24</sup>. De manera que, cuando le llegó la muerte en 2004, era el representante del

---

23. Rafael GAMBRA, «Sobre la significación del régimen de Franco», *Verbo* (Madrid), n. 189-190 (1980), pp. 1223-1230.

24. Para una síntesis del Carlismo en sus últimos decenios puede verse el apéndice, firmado por «Un Requeté», a la edición italiana, cuidada por Gianadrea de Antonellis, de la *Breve historia del legitimismo español*: Melchor FERRER, *Breve storia del Carlismo*, Chieti, Solfanelli, 2020, pp. 129 y ss.

Rey. Digno fin para un leal del tradicionalismo y el legitimismo español.

Permítaseme una coda. Gamba no puede ser considerado un «integrista» en el seno del tradicionalismo español. Afirmación que a algunos sorprenderá y que, en todo caso, requiere una aclaración. En uno de sus escritos, el dedicado a Melchor Ferrer y su magna *Historia del Tradicionalismo Español*, tipifica admirablemente las actitudes político-religiosas, con sus consiguientes caracteres humanos, que el Carlismo ha dado: el carlismo vergonzante, el integrista y el puro<sup>25</sup>. El vergonzante fue el de los que padecieron (a veces con decoro, otras menos) la fidelidad de sus mayores a la Causa, pero aprovecharon la menor oportunidad para, procurando (de momento) salvar los principios, situarse en una posición dinástica, y finalmente social, más confortable. Los «estorilos», pero también los «colaboracionistas», a menudo aunque no siempre coincidentes, ejemplifican el primero: convenía reconocer la dinastía usurpadora, con la excusa de que la dinastía legítima supuestamente se habría extinguido, y convenía aceptar los elogios retóricos del general Franco a los requetés, aunque vinieran acompañados de sañudas persecuciones a los que fueron sus jefes. El integrismo, de progenie más antigua, propendía a destacar el elemento de defensa de la religión, con olvido si era preciso del político y en dependencia excesiva del clero: constituyó así una familia en el interior de la Comunión, saliendo de ella y volviendo a reintegrarse en la disciplina en distintos momentos.

El Carlismo puro, que Gamba personificaba en Melchor Ferrer o don Luis Hernando de Larramendi, y que encontraba el más cercano del que debió haber sido el de los iniciadores de la secular rebeldía, era también el suyo. Esa es la clave de ejecutoria. Desde que se alistó en su primera juventud en un Tercio de requetés hasta que aceptó en su vejez el encargo de Don Sixto Enrique de dirigir la Comunión. Y, en medio, su posición anti-falangista y antifranquista, en la línea de Fal Conde, aunque discrepara de él en la prolongación de la Regencia de Don Javier; así como su

---

25. Rafael GAMBRA, *Melchor Ferrer y la «Historia del Tradicionalismo Español»*, Sevilla, ECESA, 1979.



alejamiento de Carlos Hugo cuando los principios entraron en juego. Su posición religiosa también es típicamente carlista, más que integrista, pues ésta terminó (casi) siempre plegándose a las directrices eclesíásticas. Gamba, en cambio, se opuso con razones a la invasión modernista producida con ocasión del II Concilio del Vaticano y acelerada de sus resultados. De ahí su simpatía por el arzobispo Marcel Lefebvre, que hizo pública, siendo una de las pocas personalidades españolas en acompañarle. En la ocasión de su fallecimiento, en el obituario que escribí para el diario *ABC*, que reprodujo *Verbo*, hice notar esto mismo con las siguientes palabras: «Con Leopoldo Eulogio Palacios fue también [...] uno de los pocos intelectuales de prestigio que defendieron, aunque no sin discernimientos, la actitud numantina del arzobispo francés Marcel Lefebvre». Un aventado ultramarino, tomando el rábano por las hojas, vio en la afirmación, de un lado, un agravio a Lefebvre, y de otro, un distanciamiento de Gamba. Llamarle numantino era como llamarle suicida. Lo que pasa es que, en castellano, numantino quiere decir que resiste con tenacidad hasta el límite, incluso en condiciones precarias. Esto es, un elogio del clérigo francés y de su sostenedor español. Vale.

## 2. Ensayo de etopeya de Rafael Gamba

He dejado constancia, aquí y allá, en papeles de factura variable, de la trascendencia que atribuyo a los autores calificables de tradicionalistas en la segunda mitad del siglo que corre hacia su consumación<sup>26</sup>. Quizá por la razón, que ha ilustrado el propio Rafael Gamba, de que si el pensamiento llamado tradicionalista de los primeros tercios del diecinueve resultaba todavía excesivamente pegado a un medio aún «tradicional» como para alcanzar una acabada depuración conceptual, y si sólo comienza a trabarse una teorización en los tiempos de Mella –punto luminoso, según nuestro autor, en que se ayuntan el político teórico y el político

---

26. Cfr. Migue AYUSO, *La filosofía jurídica y política de Francisco Elías de Tejada*, Madrid, Fundación Francisco Elías de Tejada, 1994, pp. 13 y ss.

histórico<sup>27</sup>—, es en el siglo veinte cuando se ha operado la fragmentación y el desarraigo de los hechos que hacen posible la obra puramente teórica. Pero, por otro lado, no es menos cierto que una tal empresa no puede concebirse sin el acicate y el aliento que proceden de la idealización, de manera que la coyuntura española de la posguerra aportó precisamente esa componente de «simpatía» sin cuyo concurso e hacía en extremo arduo alcanzar, simplemente abordar, una tarea de esa naturaleza. La sensibilidad probada de quienes la echaron sobre sus hombros para contristar —lo que supone tanto rechazar la admisión beata de lo vigente como su puro rechazo— el cuadro teórico que iban forjando con las ideas, afanes y deseos del tiempo presente, había de determinar además la elevada calidad del resultado.

La figura de Rafael Gambra es, a no dudarlo, una de las que brilla con luz propia en ese cuadro. Si el carlismo es para él herencia, firmemente arraigada en una sólida base familiar que podemos simbolizar en su noble casa solar de Roncal, el tradicionalismo va a ser intelectualmente asumido y cordialmente vivido por nuestro hombre en una ejecutoria berroqueña. Francisco Elías de Tejada lo dejó dicho en las primeras líneas del prólogo que puso al *Eso que llaman Estado* de nuestro autor: «Con la certera intuición con que los carlistas suelen ser hombres concretos, Rafael Gambra resume en su vida y en su obra la plenitud histórica del Valle de Roncal, su patria de origen. Es raíz que hiende piedras, piedras aristadas en geografía de gigantes. Sus reacciones políticas, sus actitudes espirituales, parecen traducir en la vida y en los libros aquella dimensión de su Navarra, siempre segura de sí misma en la continuidad de una historia felizmente ininterrumpida. Por eso, la palabra de Rafael Gambra es palabra de Tradición, en identidad que seduce a quien le conozca en su persona o a quien le lea en sus escritos. Si Navarra pudiera ser reducida a un hombre de letras, quizá nadie como él encarnaría la manera histórica de los suyos. Pocas veces se habrá dado una tan cordial fusión entre

---

27. Cfr. Rafael GAMBRA, *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*, cit., introducción.



el espíritu tradicional de unas gentes y las páginas impresas de un libro»<sup>28</sup>.

Nos hallamos, pues, ante un hidalgo de esos que ya no van quedando, ante un español como los que cada vez más sólo en la imaginación acertamos a ver protagonizando tiempos menos indigentes. Porque, para nuestra desgracia, esa conjunción armoniosa de vivencia –prolongada además en el tiempo de generación en generación– y conciencia sólo puede ser minoritaria, tal es el desarraigo familiar y social y la inconsciencia doctrinal que campean hoy libres de trabas. ¿Cuántas viejas y distinguidas familias de abolengo carlista viven hoy ignorantes de cuál fue su hondísima significación, no para un pintoresco pleito dinástico, sino para un acto más del combate que se desarrolla entre la estirpe de la mujer y la de la serpiente? Y no hablo de aquellas trasbordadas a la revolución, o desintegradas moral y religiosamente. Ni de las más modestas, dependientes más del sentimiento que de la doctrina, y por lo mismo más vulnerables ante las transformaciones aceleradas que ha sido dado ver después de la victoria –tornada trágicamente en derrota a la postre– de nuestra guerra. Hablo principalmente de las que, y es una gracia de Dios, se mantienen unidas, perseverando en la piedad, pero adormiladas en la vida de sociedad y en el olvido creciente de los principios a que sirvieron, sustituidos por un leve conservatismo conformista que no dificulta mayormente su plácida existencia.

Manuel de Santa Cruz –el siempre agudo Manuel de Santa Cruz– solía decir que tiene observado repetidas veces cómo cuando una persona ha conocido la radicalidad que opone entre sí revolución y tradición, y ceja en el servicio de ésta, es porque ha sufrido antes una quiebra religiosa íntima que ha terminado por enfriarle políticamente. Me parece que es un diagnóstico acertado para los casos, individuales por lo general, en que el factor intelectual ocupa el primer plano. Mientras que quizá haya que completarlo para aquéllos, familiares por lo común, colectivos en todo caso, en que es la quiebra política la que ha precedido a un languidecimiento religioso que no tarda en llegar.

---

28. FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, «Prólogo» a *Eso que llaman Estado*, cit., p. 7.

Como quiera que sea, me parece indudable que fervor religioso y compromiso político han sido convertibles siempre en los tares del tradicionalismo, y que cualquiera que fuera la precedencia en el tiempo –ontológicamente no admite duda la primacía–, una mutación en cualquiera de los dos términos ha concluido siempre por afectar al otro<sup>29</sup>. Rafael Gamba, por contra, los ha alimentado mutuamente a lo largo de una ejecutoria impresionante en su perfecta continuidad, compacidad, autenticidad y coherencia.

Permítaseme ilustrarlo, con algunos datos que aparecen en las caracterizaciones ofrecidas por los profesores Juan Antonio Widow y Antonio Millán Puelles, así como por el inolvidable Manuel de Santa Cruz.

Ha subrayado el tercero, con ese su estilo desenfadado pero siempre profundo, y que refleja tanto de su personalidad extraordinaria, que en todas las grandes escuelas de pensamiento reside una antropología individual y colectiva, un «estilo», que también tiene el carlismo y despunta en las personas a que ha tocado. Así lo explica el admirado Santa Cruz con referencia a Gamba: «Un trato amable, afable, y sobre todo asequible; no es engulado ni altanero; de porte correcto, pero no más elegante de lo necesario, sin llegar al grado de atildado; anda con naturalidad, sin artificial empaque, y viste con sobriedad, sin “complementos”. Esta sencillez no deriva hacia su forma aberrante, que es la chabacanería; de tuteos y besuqueos a la moda, nada; en esto se percibe el señorío de los del antiguo régimen [...]. ¿Un cierto aire distraído? Pues sí, lo tiene, sobre todo en el desorden y en la falta de puntualidad. No todos los bohemios son carlistas, pero muchos carlistas aborrecen, como los bohemios, un concepto mecanicista y matemático, ahora economicista, de la naturaleza, de la sociedad y de la vida propia. Por eso, son enemigos del Estado, no sólo de éste que padecemos, sino del concepto en general; no digamos ahora, en tiempos de los ordenadores y de la informática al servicio del fisco y del control de nuestra inti-

---

29. Miguel AYUSO, «Alberto Ruiz de Galarreta en el tradicionalismo español contemporáneo», *Verbo* (Madrid), n. 581-582 (2020), pp. 25-41.



midad. Pero ya antes, Gamba no podía ocultar su repugnancia por el totalitarismo de la posguerra que pretendía militarizar la sociedad civil»<sup>30</sup>.

En otro estrato, se halla la libertad que permite a los carlistas manifestar sus opiniones sin respetos humanos. Escribe a este propósito Santa Cruz: «Se nutre en Rafael Gamba esa libertad de la falta de ambiciones, ni dinerarias ni estéticas, al uso; los honores públicos, los protocolos sistematizados, emparentan con aquella concepción mecanicista de las cosas que dijimos le es ajena. Claro está que su profunda religiosidad le ayuda no poco en esto. Nunca ha tenido que fingir nada, ni con acciones ni con omisiones, porque nunca ha pretendido más frutos que los de su honesto trabajo y los de la inteligente administración de su patrimonio familiar. Estas despreocupaciones le han permitido servir con dedicación superlativa a los ideales tradicionalistas. Los ambiciosos, en el mal sentido de la palabra, no tienen aire distraído, sino que van por todas partes muy despiertos y atentos en la búsqueda de oportunidades»<sup>31</sup>.

Hay algo de heroico sin duda en la entrega a la causa de la tradición. Desde luego que sabemos cómo el discípulo no puede ser más que el Maestro, y el único que merece llevar ese nombre ha padecido la incompreensión del mundo<sup>32</sup>. Las palabras de Nuestro Señor deben resonar siempre en nuestros oídos y envolver nuestros corazones: «Yo les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció porque no eran del mundo, como yo no soy del mundo. No pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal» (*Jn.*, 17, 14-16). Hemos, pues, como discípulos de Cristo, de vivir en el mundo, de estar en el mundo, pero sin

---

**30.** Manuel DE SANTA CRUZ, «Rafael Gamba y el Carlismo», en Miguel AYUSO (ed.), *Comunidad humana y tradición política. Liber amicorum de Rafael Gamba*, Madrid, Actas, 1998, p. 83.

**31.** *Ibid.*, p. 84. El mismo autor tiene trazado, más ampliamente, un magistral cuadro sobre el estilo carlista. Véase Manuel DE SANTA CRUZ, «El estilo de los carlistas», en Miguel AYUSO (ed.), *A los 175 años del Carlismo. Una revisión de la tradición política hispánica*, Madrid, Itinerarios, 2011, pp. 27-39.

**32.** Véase Miguel AYUSO, *La política, oficio del alma*, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2007.

ser del mundo. Lo que explica ese aborrecimiento del mismo. Esta situación, inestable, y que no puede sino generar desazón –también consuelo cuando se ilumina con los ojos de la fe–, de todo tiempo, por connatural a la existencia humana, aún recibe en cambio hoy agravación que la hace más penosa, también más meritoria. En el fondo, no es nuestro combate contra la carne y la sangre, sino –como consigna el Apóstol– «contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires» (*Ef.*, 6, 12). Por lo que aconseja acto seguido tomar la armadura de Dios, para poder resistir las insidias del diablo en el día malo, y vencido todo, poder mantenernos firmes.

Como hoy, el orden social y político, lejos de mantener un valor sacramental, apto para la transmisión de la gracia, que es el designio de toda cristiandad, milita en su contra, en una suerte de contra cristiandad, de manera que la acción del enemigo del hombre se esparce por entre las instituciones, acrece la dureza de la confrontación<sup>33</sup>. Cuando un poeta carlista contemplaba a sus con milites como héroes quizá no tanto por las cosas que han hecho, como por otras «que no han querido hacer», estaba esculpiendo con ese fulgor que tiene la poesía esta realidad teológica y humana que vengo exponiendo. Ser carlista significaba renunciar consciente y anticipadamente a todo éxito en la vida, significaba abrazarse al fracaso, eso sí, a un fracaso transfigurado de triunfo, pues no en vano la cruz de Nuestro Señor, es «escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados» (1 *Cor.*, 1, 24). Hay un gozo, admirable y hermoso, del fracaso inevitable, que nuestro tiempo no cultiva y para el que no ofrece un horizonte de exigencias personales, pero cuya ascesis es profundamente educadora para quienes nos gloriamos en la cruz del Señor (*Gal.*, 6, 14).

Rafael Gamba, como buen carlista, ha renunciado a los brillos del triunfo. Tampoco ha pasado inadvertido a Manuel de Santa Cruz este sacrificio del merecido reconocimiento a causa del

---

33. Miguel Ayuso, *La constitución cristiana de los Estados*, Barcelona, Scire, 2008.

culto austero por la verdad: así, Rafael Gamba está hoy encumbrado entre sus amigos, que le aprecian, «pero muy por debajo del encumbramiento general y nacional, y aun diría yo que internacional, que por su talento y laboriosidad tenía derecho a esperar». De esa misma fuente mana también otro caudal de méritos que no sería justo preterir: la grandeza de ánimo que obliga a quienes se cobijan a la sombra de las banderas a –con humildad y valor, sin sentirse rebajados por ello– prestar toda suerte de pequeños servicios. De nuevo Santa Cruz nos ofrece la clave: «Así hemos visto muchas veces a Rafael Gamba. Y todos los días, tomando la iniciativa de telefonar a unos y a otros, haciendo recados y escribiendo en forma ideas contra el progresismo que muchos carlistas sienten y se las envían porque se consideran menos capacitados para redactarlas. Todo al servicio de la Causa. Vivir en Madrid es como tener una gestoría gratuita exigida por los amigos del resto de España. Rafael Gamba, que está a bien con todos, es un nudo de comunicaciones con los carlistas de paso, los contrarrevolucionarios hispanoamericanos y los legitimistas franceses»<sup>34</sup>.

Que una buena parte de la producción intelectual de Rafael Gamba no haya visto la luz en sedes académicas, sino en modestos boletines y publicaciones, muestra esa magnanimidad de su autor, tanto como –y me parece también revelador– la encarnación auténtica en su vida de las ideas que son su razón de ser. No estamos ante un doctrinario que analiza eruditamente cuestiones ajenas a su pálpito, con distancia, sino que compromete siempre en todas las tomas de posición su verdadero sentir, arraigado en su pensar y en su obrar.

He aplicado en otras ocasiones a distintos amigos un texto de C.S. Lewis –y no echo al olvido que fue la mujer de Rafael Gamba, Carmela Gutiérrez, la que me abrió el mundo apasionante de este autor, casi desconocido a la sazón en España, antes de su eclosión de estos últimos años– que me place colacionar hoy para este ensayo de etopeya del maestro navarro: «Sólo los

---

34. Manuel DE SANTA CRUZ, «Rafael Gamba y el Carlismo», en Miguel AYUSO (ed.), *Comunidad humana y tradición política. Liber amicorum de Rafael Gamba*, cit., p. 85.

eruditos –pone en boca de Escrutopo, diablo experimentado que se dirige a sobrino y tentador principiante– leen libros antiguos, y nos hemos ocupado ya de los eruditos para que sean, de todos los hombres, los que tienen menos probabilidades de adquirir sabiduría leyéndolos. Hemos conseguido esto inculcándolos el Punto de Vista Histórico. El Punto de Vista Histórico significa, en pocas palabras, que cuando a un erudito se le presenta la afirmación de un autor antiguo, la única cuestión que nunca se plantea es si es verdad. Se pregunta quién influyó en el antiguo escritor, y hasta qué punto su afirmación es consistente con lo que dijo en otros libros, y qué etapa de la evolución del escritor, o de la historia general del pensamiento, ilustra, y cómo afectó a escritores posteriores, y con qué frecuencia ha sido malinterpretado (en especial por los propios colegas del erudito), y cuál ha sido la marcha general de la crítica durante los últimos diez años, y cuál es el estado actual de la cuestión. Considerar al escritor antiguo como una posible fuente de conocimiento –presumir que lo que dijo podría tal vez modificar los pensamientos o el comportamiento de uno–, sería rechazado como algo indeciblemente ingenuo. Y puesto que no podemos engañar continuamente a toda la raza humana, resulta de la máxima importancia aislar así a cada generación de las demás; porque cuando el conocimiento circula libremente entre unas épocas y otras, existe siempre el peligro de que los errores característicos de una puedan ser corregidos por las verdades características de otra. Pero gracias a Nuestro Padre [se refiere metafóricamente al diablo] y al Punto de Vista Histórico, los grandes sabios están ahora tan poco nutridos por el pasado como el más ignorante mecánico que mantiene que la *historia es un absurdo*<sup>35</sup>. Rafael Gamba es un sabio de verdad, que cree en lo que escribe y que escribe lo que cree.

El profesor Antonio Millán, compañero de promoción de nuestro recordado, precisamente en su preciosa contribución, ha destacado el quijotismo de éste, frente a la picaresca de muchos oportunistas, reseñando no obstante que la principal contrafigura intelectual y emocional de Rafael Gamba no es tanto el

---

35. Clive Staples LEWIS, *Cartas del diablo a su sobrino*, Madrid, Espasa Calpe, 1983, pp. 144-145.





del oportunista adaptaticio que en cada momento aplaude la situación victoriosa, por más que haga así traición a las propias ideas que anteriormente mantuvo con estricta fidelidad al poder entonces vigente; el fenómeno que, por contra, más intensa y hondamente le ha preocupado desde el punto de vista de la patología del espíritu es la que llama «delicuescencia intelectual y emocional», cifrada, tal como él mismo la describe, en la «aceptación, de antemano, de cualquier cambio ideológico o estructural como exigencia de una evolución incontenible»<sup>36</sup>. Que más allá del oportunismo individual, que todas las épocas han conocido, se dé como hecho social esa delicuescencia, es lo que propiamente caracteriza este nuestro tiempo indigente. El compromiso con las cosas, con las personas, con la vida, firmemente inscrito en su ejecutoria, es la reacción del quijote frente a la desertización espiritual creciente.

Los tintes se tornan aún más trágicos cuando se enfocan las transformaciones hodiernas de la Iglesia Católica. El profesor Juan Antonio Widow ha captado muy bien cuál es el punto central de las preocupaciones del filósofo roncalés y la causa de profundos sufrimientos, que han llegado a dejar huella en su carne: «Cuando una realidad es muy obvia, y ha constituido, además, desde siempre nuestra sustancia vital más honda, la idea de explicarla produce titubeos. Es anterior a cualquier acto reflexivo; es anterior también a los primeros balbuceos de la mente. Por sernos algo tan perfectamente natural como nuestra misma naturaleza, nunca habíamos requerido que se nos explicara. En suma, nunca nadie había tenido que explicárnosla para que existiese y la tuviésemos aquí metida como nuestra propia alma. Pero la situación cambia cuando las cosas empiezan a ponerse dudosas e inciertas, y, sobre todo, cuando lo que mamábamos con la leche materna tenernos que de algún modo procurarlo y conservarlo por propio esfuerzo. La situación es como la de un solitario dentro de su propia casa, o como la del náufrago que no vive ya en la isla desierta, sino en la urbe moderna. Cuando se siente la necesidad de buscar una explicación para lo que ha sido, hasta hoy, lo obvio en

---

36. Antonio MILLÁN PUELLES, «Compromiso y razón. En torno a la figura intelectual de Rafael Gamba», en Miguel AYUSO (ed.), *Comunidad humana y tradición política*, cit., pp. 35 y ss.

el orden de las cosas comunes, ya es muy difícil, si no imposible, restituirla antigua confianza. Cuando lo que unía se destruye, se empiezan a buscar los consensos, lo cual es lo mismo que afirmar que hay disensos. Lo grave es cuando estos disensos son grietas que afectan a los cimientos»<sup>37</sup>.

La tristeza de ver tambalearse lo que fue puerto de seguridades y asidero incommovible, sobre su espíritu algo indolente –«que es la caballería / dulce cansancio envuelto en cortesía», como en el verso de Lope de Vega– e irónico, ha terminado por conducir a nuestro hombre hacia un retrainimiento creciente y casi hasta a malograrlo como intelectual: ¿Qué podría decirse a los hombres sino la necesidad de conservar lo poco que queda de la civilización? A diferencia de otros amigos y también maestros del pensamiento tradicional, que han logrado distanciarse al menos en parte de las destrucciones epocales en que han vivido, Rafael Gamba representa quizá mejor que nadie, por lo menos entre los españoles –me resulta difícil trazar una comparación fuera de nuestras fronteras, pero, si no me engaño, creo que el filósofo belga Marcel de Corte o el escritor francés Jean Madiran, podrían situarse en un horizonte espiritual análogo–, el signo trágico del fin de una civilización. Lamento, para terminar, que estas páginas, por impericia de mi pluma, no acierten sino a abocetar desleídamente la figura impar de Rafael Gamba. Quede, en todo caso, como modesta ofrenda en el recuerdo de su magisterio y en el agradecimiento de su amistad.

### 3. Las constantes de un pensamiento

En el libro que he consagrado a estudiar el pensamiento de Gamba puede hallarse con la extensión que merece el fondo último del mismo y su concreción en singulares aportes. Me parece que aquí, para completar este ensayo en su recuerdo al cumplirse el centenario de su nacimiento puedo recuperar las constantes que presenté en la ocasión de presentar su *Fests-*

---

37. Juan Antonio WIDOW, «Ser católico», en Miguel AYUSO (ed.), *Comunidad humana y tradición política*, cit., pp. 47 y ss.



*chrift*, basta con ofrecer una escueta consideración sobre aquél y éstos<sup>38</sup>.

1. Toda la obra de Gamba participa, en mayor o menor medida, y en conexión ya directa o indirecta, de la comprensión última y el repudio radical de lo que supuso la civilización racionalista y su núcleo teórico. Así, una buena parte de sus afanes ha quedado para la descripción de lo que de mortífero tiene el racionalismo y para la recuperación del auténtico aliento humano que se produce cuando logramos desprendernos de la influencia de aquél. Ésta es la auténtica constante –en filosofía o en política– de todo su quehacer, vertido, en cuanto a la primera, en los últimos años cuarenta y los cincuenta hacia la depuración de la reacción antirracionalista que fue la filosofía existencial, y de los sesenta en adelante hacia la denuncia de la delicuescencia intelectual promovida por el progresismo; al tiempo que desarrollado, en cuanto a la segunda, en la reivindicación del régimen político tradicional y en la denuncia del avance hacia el modelo demoliberal, durante los años cincuenta y sesenta, así como, a partir de los setenta, en la comprobación diaria de su carácter disolvente<sup>39</sup>.

2. La primera idea que, ya en concreto, debe ser subrayada, porque es previa a la trabazón del resto que le siguen, y tiene que ver con el modo singular de combate intelectual del presente que es la guerra psicológica, toca a la manipulación del lenguaje como medio de lavado de cerebro y de revolución. Porque los términos lingüísticos tienen un hálito emocional, y porque *mythos* y *logos* se encuentran en el lenguaje humano. Por ello, nuestro autor dedicó algunos trazos de su quehacer a hacer ver cómo el lenguaje –su transmutación semántica y su mitificación– es factor esencial para la gran mutación mental que se opera ante nuestros ojos, con el ánimo de desvelar el sentido de la revolución cultural vivida en nuestros tiempos<sup>40</sup>.

---

38. Miguel AYUSO, *Koinós*, cit., pp. 209 y ss., y «Rafael Gamba en el pensamiento tradicional español», en *Comunidad humana y tradición política*, cit., pp. 27 y ss.

39. Miguel AYUSO, *Koinós*, cit., parte I, capítulo II.

40. Rafael GAMBRA, *El lenguaje y los mitos*, cit.

3. A continuación, nos topamos con la comprensión de la vida humana, no como autorrealización o liberación de trabas, sino como entrega (compromiso) e «intercambio» con algo superior que se asimila espiritualmente. Nuestro autor reelabora, así, las teorías del *engagement* –expuestas por Camus y Sartre– y del *apprivoisement* saint-exupéryano. Son nociones y actitudes, complementarias en su fondo, que le permiten criticar bajo una nueva luz el individualismo –en cuanto antropología encapsuladora–, el esteticismo –y sus múltiples concreciones, entre las que pueden mencionarse el turismo y su visión pintoresca del mundo– y el liberalismo del puro Estado de derecho<sup>41</sup>.

4. Ligada directamente con lo anterior, y también con resonancias de Saint-Exupéry, aparece la concepción del habitáculo humano como mansión en el espacio y rito en el tiempo. Ambos nos otorgan el sentido de las cosas: la primera lleva a la conservación del mundo visual de cosas, que no cambian, y libran al hombre, en su percepción diaria, de la tragedia íntima del envejecimiento y de la anticipación del morir; el segundo alberga al hombre en el tiempo, formando la estructura del tiempo humano, y librándole de perderse en un día sin horas o una semana sin días o un año sin fiestas que «no muestra rostro alguno»<sup>42</sup>.

5. Vienen a continuación varias aproximaciones a la radicalidad del hecho social, profundamente entrelazadas. Y en primer lugar, la comprensión de la sociedad básica como proyección de las potencialidades humanas, incluida la individualidad. Porque si la sociabilidad humana –explica– es una tendencia íntegramente natural en el hombre, esto es, si el hombre es un animal social, esta tendencia ha de calar los tres estratos ónticos –ser de la naturaleza, animalidad y racionalidad, así como los tres modos de tendencia –impulso natural, instinto y voluntad racional– serán fuentes, en estrecha colaboración, de la vida social. Una sociedad es, pues, una estructura muy

---

41. Rafael GAMBRA, *El silencio de Dios*, cit.; «El exilio y el Reino», *Verbo* (Madrid), n. 231-232 (1985), pp. 73-94

42. Rafael GAMBRA, «La ciudad humana de Antoine de Saint-Exupéry», *Atlántida* (Madrid), n. 5 (1963), pp. 503-524; *El silencio de Dios*, cit.

compleja en la que se superponen elementos comunitarios y aglutinantes muy diversos, legales y organizativos unos, consuetudinarios y tradicionales otros. Concebirla y querer estudiarla sólo desde un punto de vista racional, en cambio, es caer voluntariamente en un exclusivismo y cerrar la posibilidad de comprenderla adecuadamente<sup>43</sup>.

6. Toda sociedad humana recibe también una fundamentación religiosa, pues tiene sus orígenes en una creencia y una emoción colectivas, frente a la concepción liberal y tecnocrática que niega pueda constituir un objeto susceptible de religación sobrenatural o sea penetrable por ella. En efecto, si el hombre es –de un lado– un compuesto de cuerpo y alma llamado por la gracia al orden sobrenatural, y –de otro– la sociedad emerge como eclosión de la misma naturaleza humana, no parece que tenga explicación el hecho de que la sociedad, en sí, quiera prescindir del aspecto trascendente de la vida: el hombre está religado con Dios pública y privadamente, individual y socialmente<sup>44</sup>.

7. Por tanto, la sociedad humana aparece no sólo como una realidad permeable a una inspiración religiosa de fines y de espíritu, sino como algo esencialmente religioso –comunitario, en el sentido que otorga al término, y que referiremos acto seguido–, precisamente por radicar en la naturaleza humana a modo de proyección de sus tendencias y estratos profundos. (La consecuencia práctica de sostener esa esencialidad de las formas de gobierno en sus implicaciones religiosas, frente al indiferentismo de los liberalismos católicos y las democracias cristianas, que no van más allá de la impregnación religiosa de los individuos, es inmensa, y la existencia del orden social cristiano aparece en el corazón de la discrepancia)<sup>45</sup>.

8. La naturaleza de esa sociedad inspirada por el sentido de la religación, esa forma especial de vivir los hombres en Ciudad

---

43. Véase Rafael GAMBRA, «Las implicaciones sociales de la persona», *Revista Internacional de Sociología* (Madrid), n. 38 (1952), pp. 301-313; *Eso que llaman Estado*, cit.

44. Rafael GAMBRA, *La unidad religiosa y el derrotismo católico*, cit.

45. Rafael GAMBRA, «La filosofía religiosa del Estado y del derecho», *Revista de Filosofía* (Madrid), n. 30 (1949), pp. 433-457.

humana bajo una inspiración religiosa, puede encerrarse con el término comunidad, por oposición a la mera coexistencia en que se resuelve el contractualismo social y el voluntarismo carismático: reconoce orígenes religiosos y naturales y no simplemente convencionales o pactados; posee, en fin, lazos internos, no sólo voluntario-rationales, sino emocionales y de actitud. La percepción de la sociedad histórica o concreta no es así en su origen el de una convivencia jurídica, ni siquiera se define por el sentimiento de solidaridad o independencia entre sus miembros, sino que se acompaña de la creencia en que el grupo transmite un cierto valor sagrado, y del sentimiento de fe y veneración hacia unos orígenes sagrados más o menos oscuramente vividos. Forma por lo mismo, para terminar, una «sociedad de deberes», con un nexo de naturaleza distinto al de la sociedad de derechos, pues si ésta brota del contrato y de una finalidad consciente, en aquélla la obligación política adquiere un sentido radical, pues incide en ella un orden sobrenatural que posee el primario derecho a ser respetado<sup>46</sup>.

9. Toda sociedad histórica, por tanto, tiene necesidad de una comunidad de fe y de relaciones ónticas, frente a la reclamación de libertad religiosa del progresismo. En dos niveles. Desde un ángulo estrictamente religioso, en primer lugar, el hombre tiene el deber de dar culto a Dios, como prescribe el primer mandamiento, y esto obliga al cristiano tanto en el plano individual como en el social o colectivo. De manera que lo mismo que en aquél tiene obligación el cristiano de preservar su fe, así en éste también asiste al gobierno cristiano la obligación de preservar la fe ambiental, de promover las condiciones idóneas para su mantenimiento y expansión. En segundo término, en una consideración puramente natural o política, no puede subsistir un gobierno estable que no se asiente en una ortodoxia pública, es decir, un punto de referencia que permita apelar a un principio de superior autoridad y obligatoriedad. La pérdida de la unidad católica es, pues, el origen de la actual disolución de las nacionalidades y civilizaciones, ya que ni una religiosidad ambiental o popu-

---

46. Cfr. Rafael GAMBRA, «La noción de comunidad en José de Maistre», estudio preliminar al libro del conde de Maistre, *Consideraciones sobre Francia*, Madrid, Rialp, 1954; *Tradición o mimetismo*, cit.

lar puede subsistir sin el apoyo de una sociedad religiosamente constituida, ni el poder político puede ejercerse con autoridad y estabilidad si se prescinde de una instancia superior, religiosa, de común aceptación. Que dentro del catolicismo y aun de la propia Iglesia se haya terminado por acoger el ideal secularizador de la sociedad, propugnándosela teoría de la coexistencia neutra como doctrina no solamente compatible con la fe católica, sino la más acomodada a su verdadero espíritu, constituye un hecho insólito y sin precedentes, cuyas consecuencias disolventes están a la vista<sup>47</sup>.

10. El concepto dinámico de la tradición, relacionado a sus ojos con la intuición –que se debe a la filosofía contemporánea, por obra principalmente de Bergson y los historicistas– radical de la temporalidad creadora, pero con referencia –como vislumbró Vázquez de Mella– no a la vida espiritual de los individuos, sino a la de las colectividades nacionales o históricas, abre otro de los grandes ejes de la obra de Gamba. Es dado distinguir en la sociedad dos aspectos diversos, uno estático, concretado en la articulación orgánica de comunidades autónomas, y otro dinámico, que se percibe en la evolución acumulativa e irreversible: es la tradición, como uno de los principios que rigen la recta formación y el desenvolvimiento de las sociedades históricas. La tradición, por tanto, es el progreso acumulado, y el progreso, si no es hereditario, no es progreso social. La autonomía selvática de hacer tabla rasa de todo lo anterior y sujetar las sociedades a una serie de aniquilamientos y creaciones –esto es, la revolución–, es un género de insania que consistiría en afirmar el derecho de la onda sobre el río y el cauce, cuando la tradición es el derecho del río sobre la onda que agita las aguas<sup>48</sup>.

11. Del acervo del pensamiento político tradicionalista extrae nuestro autor una serie de desarrollos notables que, una vez más, no se presentan aislados, sino profundamente liga-

---

47. Rafael GAMBRA, *La unidad religiosa y el derrotismo católico*, cit.; «La declaración conciliar de libertad religiosa y la caída del régimen nacional», *Boletín Informativo de la FNNF* (Madrid), n. 36 (1985), pp. I-IX.

48. Rafael GAMBRA, *La interpretación materialista de la historia*, cit.; *Tradición o mimetismo*, cit.

dos entre sí. En primer lugar, hallamos el valor y sentido de la monarquía hereditaria (aristocrática), de la representación corporativa (popular) y del proceso de integración histórica (federativo o foral) en la formación de la nacionalidad española. La imagen conductora de la monarquía española, caracterizada como social, tradicional y representativa, encaja pues en la gran tradición del régimen mixto y del gobierno templado. La monarquía entraña, en primer lugar, y como punto de partida, la idea de un gobierno personal –aunque cohonestado en ciertos sectores con los principios aristocrático y democrático–, y también la de un poder en alguna manera santo o sagrado, es decir, elevado sobre el orden puramente natural de las convenciones o de la técnica de los hombres, ideas que la hacen incompatible en el fondo con el régimen parlamentario liberal nacido de la teoría de la soberanía popular. Finalmente, la monarquía, para cualquier pensador político español, representa el papel de término obligado en sus meditaciones, sean éstas teóricas, históricas o prácticas<sup>49</sup>.

12. Siguiendo por el elemento representativo, le debemos haber apurado las consecuencias de la crítica de Mella a la voluntad general o representación individualista, en razón del carácter inefable e irrepresentable del individuo. Frente a ella, levanta la tesis de la representación corporativa, repasando la contraposición entre ambas en la historia: primeramente, si las Cortes tradicionales constituían un elemento de contención del poder no lo eran tanto por las propias funciones limitativas como por los contrapoderes que incorporaban, con el corolario de que la decadencia del sistema representativo en el siglo XVIII no significó por lo mismo y sin más la implantación del absolutismo; en segundo término, la diferencia esencial entre el antiguo régimen de representación y el moderno parlamentarismo democrático radica en que en aquél el poder era limitado, pero no delegado o compartido, esto es, era una monarquía pura, con autoridad íntegra y responsable, finalista en su cometido, asentada en el orden natural y en el poder de Dios a través del proceso misterioso y providencial de la historia; en tercer lugar,

---

49. Rafael GAMBRA, *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*, cit.



la moderna teorización no sólo admite crítica desde el ángulo del representado, sino también por el contenido de la operación, que concluye en un juego fantasmal arbitrario, ajeno a los intereses de los ciudadanos; finalmente, al destacar que para la existencia de una representación concreta u orgánica auténtica es necesario que exista antes aquello que debe ser representado, devuelve el protagonismo al proceso de institucionalización social<sup>50</sup>.

13. Llegamos así al proceso federativo como progresiva superposición y espiritualización de los vínculos unitivos, contrapunto también del Estado absoluto liberal, de la nación sacralizada de los fascismos y de los separatismos nacionalistas de hoy. Su comprensión cabal, que Gamba ve también implícita en la obra de Mella, lleva a divisar que en una gran nacionalidad actual, como la española, pervivan y coexistan en superposición y mutua compenetración, regionalidades de carácter étnico, como la euskara; geográfica, como la riojana; de antigua nacionalidad política, como la aragonesa, la navarra. Y de ahí que en nuestra patria –que es un conjunto de naciones que han confundido parte de su vida en una unidad superior (más espiritual) que se llama España– no esté constituido el vínculo nacional por la geografía, la raza o la lengua, sino por una causa espiritual, superior y directiva, de carácter predominantemente religioso. De ahí también que el vínculo superior que hoy nos une no deba proyectarse hacia el futuro como algo sustantivo e inalterable, sino que tal proceso de integración ha de permanecer abierto<sup>51</sup>.

14. Todo el acervo anterior adquiere encaje en la historia, y Gamba encuentra así que la continuidad de la defensa del régimen histórico español y de la religión como fundamento de la comunidad política signa los dos últimos siglos, desde la guerra contra la Convención hasta la de 1936, apareciendo su esencia político-religiosa en estado puro en la lucha realista de 1821-1823 contra la Constitución de Cádiz. El carlismo tradicionalista, a

---

50. Cfr. Rafael GAMBRA, *Vázquez de Mella*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1953.

51. *Ibid.*; *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*, cit.

la luz de esta comprensión, excede de la coyuntura histórica de un mero pleito dinástico, que operaría de simple banderín de enganche de motivaciones más hondas, para venir a encarnar a la vieja España. Por eso, merece la pena proseguir su surco y no dar por cancelada una tradición que no es otra que la tradición católica de las Españas<sup>52</sup>.

---

52. Rafael GAMBRA, *La primera guerra civil de España (1821-1823)*, cit.